

La virgen de los sicarios: una aproximación a las narrativas sobre la violencia colombiana

Autora: Monti, Mariana.

Resumen

Este artículo presenta un análisis parcial del trabajo de investigación correspondiente a la beca CIN sobre las narrativas de la violencia en América Latina, centrado específicamente en la novela *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo. Aquí se examinan las estrategias narrativas con las que se construye un relato complejo que retoma el contexto urbano de Medellín durante la década de 1990. El estudio aborda tres ejes principales: lo (socio) lingüístico/discursivo, la tensión entre lo urbano/letrado y lo violento/inculto, y la configuración espacial/corporal de las comunas como islas urbanas atravesadas por la exclusión y la muerte. Se parte de la hipótesis de que este tipo de novela fractura el paradigma del realismo tradicional para incorporar nuevas formas de narrar lo real en un escenario atravesado por el narcotráfico, la marginalidad y la globalización.

Palabras claves: Violencia urbana, Literatura colombiana, Realismo, Fernando Vallejo.

Abstract

This article presents a partial analysis of the research work corresponding to the CIN grant on the narratives of violence in Latin America, focusing specifically on the novel *La virgen de los sicarios* (1994) by Fernando Vallejo. It examines the narrative strategies used to construct a complex story that takes up the urban context of Medellín during the 1990s. The study addresses three main axes: the (socio) linguistic/discursive, the tension between the urban/read and the violent/uneducated, and the spatial/corporal configuration of the comunas as urban islands traversed by exclusion and death. It is hypothesized that this novel fractures the paradigm of traditional realism to incorporate new ways of narrating the real in a scenario traversed by drug trafficking, marginality and globalization.

Keywords: Urban violence, Colombian literatura, Realism, Fernando Vallejo.

Introducción

En América Latina diversas escrituras ficcionales han sido concebidas desde un contexto sangriento que permite trazar conexiones y atravesar debates generados en torno a la producción artística del continente. El crimen organizado, la violencia de género y la desidia estatal establecen nuevas formas de conflictividad propias de la década del 90 del siglo pasado y hasta la actualidad, cuyas relaciones se fundan en el seno de una sociedad fragmentada, individualista y desigual que es narrada por una zona de la literatura de la región. Para el desarrollo de la Beca CIN, enmarcada en el trabajo de investigación de la Licenciatura en Lengua y Literatura (IAPCH-UNVM) y dirigida por la Dra. Katia Viera y la Mgtr. Gabriela Giammarini, he construido un corpus de trabajo compuesto por dos novelas: *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo (Colombia, 1942) y *La sangre de la aurora* (2013) de Claudia Salazar Jiménez (Perú, 1976). El interrogante principal planteado ha sido: ¿Cómo se narra la violencia urbana en *La virgen de los sicarios* y la violencia política por razones de género en *La sangre de la aurora*? Ambas categorías son resultado del contexto latinoamericano de fines del siglo XX marcado por las nuevas formas de guerra (Segato, 2016), que implican una disputa del monopolio del poder (Weber, 1979) entre el Estado y los grupos -ya sean guerrilleros, narcotraficantes, paramilitares-. Estas prácticas sociales generan experiencias subjetivas que son retomadas y narradas en las novelas e implican formas diversas de violencias. En esta publicación, retomaré algunas ideas que he construido a partir del estudio de *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo.

La violencia en *La virgen de los sicarios* encuentra lugar en un entorno urbano marcado por el narcotráfico, el crimen organizado y la guerra entre bandas: la ciudad de Medellín. A través de la obra, el autor pone de manifiesto la violencia como una problemática ineludible de la sociedad colombiana y muestra la manera en la que esta se ha normalizado, convirtiéndose en componente de la cotidianidad de la vida en la ciudad.

Antecedentes

La violencia en la literatura latinoamericana es una temática recurrente y objeto de amplio estudio a lo largo de las últimas décadas. Numerosas investigaciones explican cómo los/as escritores/as latinoamericanos/as la abordan en sus obras, así como el impacto que estas tienen en la sociedad.

Con respecto a la literatura de la violencia en Colombia, esta tuvo un desarrollo significativo durante el auge del narcotráfico en la década que va desde 1980 a 1990. En este contexto, el arte se erigió como una forma de testimonio que desafió las narrativas oficiales y presentó perspectivas críticas y alternativas. El trabajo de Osorio (2015), “El sicario en la novela colombiana”, recupera la segunda gran violencia del siglo XX: el sicariato, cuya mayor concentración ocurrió en Medellín. Este texto revisa dicha literatura, según su cronología de publicación y la cartografía que construye del país, con el propósito de indagar las particulares lecturas que las novelas hacen del contexto y sus aportes a la comprensión del fenómeno de la violencia asociada al sicariato. Con mayor especificidad hacia la obra en estudio, Villoria Nolla (2002), en “(Sub) culturas y narrativas: (re)presentación del sicariato en *La virgen de los sicarios*”, trabaja diversos elementos que constituyen la (sub)cultura del narcotráfico: como cultura urbana en una sociedad que se define por sus desequilibrios y fragmentaciones. Para ello, la autora recurre al análisis de la figura del sicario y a su (re)presentación en las narrativas de fin de siglo, asimismo describe las líneas de pensamiento de la cultura hegemónica y su lugar en la literatura. Por su parte, Buschmann (2009) se pregunta en qué medida

La virgen de los sicarios es una novela sobre sicarios y cómo hay que entender la violencia en ella (p. 138). En ese marco, no trata al sicario en un sentido sociológico sino que lo hace desde la representación de una forma omnipresente y autotélica que lo incluye. Finalmente, concluye que es una novela violenta en dos sentidos: porque trata sobre el tema en sí mismo y porque confronta al lector con sus códigos morales y culturales.

Por último, Torres (2010) plantea en “Lenguaje y violencia en *La virgen de los sicarios*” que el relato tiene como hilo conductor una extremada violencia, tanto física como verbal. Sostiene que en los años 90s, cuando ya se ha consolidado la figura del sicario en la realidad de Colombia, emerge un nuevo género literario que lo encumbra, que incorpora los rasgos de su lenguaje, y que tiene en *La virgen de los sicarios* una representación excelsa, portadora de un aura postmoderna que socava todos los pilares de la sociedad (p. 337). En este sentido, la fuerza narrativa radica en la operación de lenguaje y es este lenguaje el que trata de transmitir lo difícilmente comunicable, valiéndose de técnicas que persiguen una ilusión de oralidad.

Marco teórico

Garriga Zucal y Noel (2010) proponen reflexionar sobre la violencia desde una perspectiva antropológica. En este sentido, reconocen que es un concepto polisémico caracterizado por la ambigüedad y subrayan que toda definición de ella implica una disputa entre las partes involucradas en un escenario social determinado. En adición, constituye “un juego de poder entre actores que entablan una batalla por la significación desde sus diversas posiciones sociales y a través de diversos repertorios culturales a su disposición, con grados variables de autoridad y performatividad” (p.105). Entonces, entenderé a la violencia como “cualquier mecanismo de imposición unilateral -esto es, resistida- de la voluntad en el marco de un conflicto, que recurra a medios que se suponen a la vez perjudiciales y efectivos a la hora de forzar el consentimiento de otro” (Noel, 2008, p. 105, citado en Garriga Zucal y Noel, 2010, p. 107).

En consonancia con esta idea sobre violencia y para abordar el contexto en el que se inscribe la obra, adquiere relevancia lo propuesto por Rita Segato en *La guerra contra las mujeres* (2016). La antropóloga argentina define un tipo de conflicto surgido en la segunda mitad del siglo XX como “nuevas formas de la guerra” (Segato, 2016, p. 57). Sus principales características son resultado de un quiebre de los paradigmas bélicos que tienen relación con la informalidad, la paraestatalidad y la violencia de género, a partir de la cual “la agresión sexual pasa a ocupar una posición central como arma de guerra productora de crueldad y letalidad, dentro de una forma de daño que es simultáneamente material y moral” (Segato, 2016, p. 59).

La virgen de los sicarios es una novela que puede ser enmarcada dentro de una narrativa de tipo realista. Para su análisis, es necesario recuperar nociones acerca de este “género” planteadas por Luz Horne (2011), en *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea* y Florencia Garramuño (2009), en *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. La primera autora plantea que el realismo literario contemporáneo adopta estrategias vanguardistas para construir una narrativa que fusiona elementos del realismo clásico, aunque transformados por el contexto actual. En la búsqueda de capturar la “esencia” de nuestra época, esta corriente reconoce una doble exigencia: debe ser un modo representativo adecuado al presente y, al mismo tiempo, debe abordar cuestiones contemporáneas que trasciendan las preocupaciones individuales y se conecten con aspectos públicos, colectivos y sociales. Esta forma de realismo literario se caracteriza, según Horne (2011), por su uso ostentoso del lenguaje y su ambición, por crear una ilusión de realidad al retomar algunas características del realismo clásico y reformularlas. En este

sentido, se enfoca en temas tradicionales, especialmente aquellos relacionados con la vida en las capas más bajas de la sociedad y los aspectos de la vida urbana. Sin embargo, evita adoptar un enfoque pedagógico y se muestra despiadada, lo que le permite mantener una perspectiva crítica sin caer en el sentimentalismo o el idealismo vacío propio del naturalismo.

Por su parte, para Garramuño (2009), la forma de escritura del género posee la capacidad de revelar los restos de lo real que componen su materia prima, pero -al mismo tiempo- se desvincula de la pretensión de representar una “realidad” completa bajo un principio de totalidad estructurante. Este enfoque se encuentra en consonancia con prácticas que enfatizan la relación con el mundo exterior, a través de una concepción renovada de la experiencia que se compone de “rescaldos de una existencia inabarcable y esquiva” (Garramuño, 2009, p. 24). Es así que en esta literatura predomina una “indiscernibilidad” de lo real y de lo imaginario que no busca ocultarse.

Metodología

Se parte de la hipótesis de que, tal como plantea Horne (2011), tanto *La virgen de los sicarios* como *La sangre de la aurora* asumen una fractura con respecto al género literario. Estas obras ya no recurren al lenguaje propio del realismo mimético del siglo XIX, sino que incorporan nuevas técnicas, recursos y perspectivas que habilitan otro modo de narrar lo real. Este desplazamiento en las formas no solo pone en tensión los límites entre géneros, sino que también responde a transformaciones sociales, políticas y culturales que reconfiguran el modo en que se construyen y transmiten las experiencias de violencia en América Latina.

En esta oportunidad, el análisis se centrará exclusivamente en la novela *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, como primer acercamiento a las estrategias narrativas que evidencian este quiebre con el modelo tradicional. El estudio de esta obra permitirá observar cómo el texto construye una poética singular en torno a la violencia urbana, el lenguaje, la subjetividad y el espacio, aspectos relevantes para el desarrollo posterior de la investigación.

Sustento las perspectivas metodológicas en el estudio sociocrítico de la literatura que permite comprenderla como un discurso que emerge de una sociedad y a esta se dirige, implica valores culturales y modos de representación. Marc Angenot (2010) define al discurso social como un objeto compuesto, formado por una serie de subconjuntos interactivos y elementos metafóricos, donde operan tendencias hegemónicas y leyes tácitas. En diálogo íntimo con esta noción, el crítico Edmond Cros plantea que la vida social entra en correlación con la literatura por su aspecto verbal, teniendo en cuenta que “cada colectividad inscribe en su discurso los indicios de su inserción espacial, social e histórica y genera, por consiguiente, microsemióticas específicas” (Negrín, 2011, p. 169). Asimismo, el autor francocanadiense propone reconstituir el conjunto de las mediaciones que deconstruyen, reorganizan y resemantizan las diferentes representaciones de lo vivido, tanto individual como colectivo. De estas propuestas, tomaré para la observación y el análisis de mi tema de investigación la consideración de los textos culturales como encubridores y descubridores del contexto histórico social en el que fueron producidos. En este sentido, hipotetizo que la violencia se construye en esta novela a partir de un relato subjetivo que aborda un contexto atravesado por conflictos de índole político, económico y social.

En *Política de la literatura*, Rancière (2017) explora cuál es la política única/singular que se articula en cada práctica social y modo escritural. Cros (en Negrín, 2011, p. 175) define el concepto de práctica social como “ideología materializada”, en sintonía con la idea planteada por el autor francés, que supone la presencia de un lazo esencial entre la política como forma específica de la práctica colectiva y la literatura como práctica definida del arte de escribir. En este marco, la

expresión ‘política de la literatura’ implica que la literatura interviene en tanto que literatura en ese recorte de los espacios y los tiempos, de lo visible y lo invisible, de la palabra y el ruido. Interviene en la relación entre prácticas, entre formas de visibilidad y modos de decir que recortan uno o varios mundos comunes. (Rancière, 2017, p.17) El principio de la novela realista es el de desplegar un nuevo régimen de adecuación entre el significante de las palabras y la visibilidad de las cosas. Las/os escritores tratan con significados, los utilizan como instrumentos y contribuyen a la construcción de un mundo común. De esta forma, la literatura se erige como una máquina de interpretación y de repoetización de la vida, capaz de convertir todos los desechos de la vida ordinaria en cuerpos poéticos y en signos de historia (Rancière, 2017).

Desarrollo

“Inventario de muertos” (Harss, 1969, p. 381) llama Gabriel García Márquez a la literatura de su país, Colombia, y, con esta frase, sugiere que la violencia es el trasfondo de gran parte de la producción novelística colombiana del siglo XX. Influenciada por los conflictos bipartidistas de la región, durante el pasado siglo se escribieron obras de corte testimonial que trataban la disputa entre liberales y conservadores, con el objetivo de relatar los horrores y documentar las masacres de la guerra (Von der Walde, 2001). El Bogotazo¹ fue el punto de partida de un enfrentamiento civil que acarrea el país hasta la actualidad y que preparó el escenario para el surgimiento de otro: el de las guerrillas. A este hecho le sucedieron décadas de violencia política armada que tomaron las zonas rurales como campo de batalla y obligaron a miles de personas a desplazarse hacia las ciudades, lo cual supuso un saldo altísimo de víctimas y nuevos pobres (Pécaut, 1998). De ahí que grupos guerrilleros, paramilitares, militares y narcos convergieron en un mismo escenario y se transformaron en los nuevos actores de la vía pública. Marino Troncoso (1989) establece una periodización que distingue la literatura en la violencia (período de los años 1947-1960) de la literatura de la violencia (años 1960 en adelante). El primer período abarca los acontecimientos previos al asesinato de Gaitán y comprende las obras de autores liberales, quienes plantean la problemática del compromiso político del escritor con relatar la violencia de la época. En el segundo momento, el campo temático de producción literaria se expande como resultado de una toma de conciencia adquirida en el país en relación con el conflicto. En este sentido,

se inicia una literatura que intenta elaborar las secuelas del conflicto desde una perspectiva más abarcadora y distanciada, es decir, se sale de lo que llegó a calificarse como un “recuento de los muertos” a indagar en el problema del sentido, de dar un significado a la historia anterior del país y al período de guerra, intentar, en resumen, ofrecer desde la ficción un origen del presente. (Izaurre, 2007, p. 43)

Establecer una cifra exacta de víctimas producto del narcotráfico en Colombia es una tarea compleja, pues la mayoría de los delitos ocurren en la clandestinidad, por lo tanto, no existe un registro oficial que los cuantifique. Además, las modalidades abarcan desde homicidios, desapariciones y violencia sexual hasta desplazamientos, secuestros y reclutamientos forzados, lo que dificulta aún más la posibilidad de reconocer a los afectados debido a la diversificación de los crímenes. Estas múltiples formas de violencia y explotación dan cuenta de la extendida penetración del narcotráfico en las esferas de la vida social, agravando las condiciones de vulnerabilidad y generando un entorno de inseguridad y terror para gran parte de la sociedad civil. Para comprender

¹ Se conoce como Bogotazo a los disturbios producidos el 9 de abril de 1948 en la capital colombiana luego del asesinato del político y candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán que dejó como saldo aproximadamente 3000 muertos (Csipka, 2022).

la magnitud del fenómeno, es posible consultar los datos recopilados por la Comisión de la Verdad² sobre el conflicto interno que vivió el país en los últimos años y que coincidió con el auge del narcotráfico. Según este organismo, la etapa con mayor cantidad de víctimas comprende la década de 1995 a 2004, período en el que se registra el 45% de un total de 450.664³ víctimas, donde la región de Antioquia concentra el 28% de este total con 125.980 damnificados. Lo que me interesa subrayar con estas cifras es que, en la zona de Medellín, los números de la violencia son mayores que en otros lugares y esto se debe a una causa específica: la coexistencia del crimen organizado y las guerrillas en un mismo lugar.

Al respecto, Escalante Gonzalbo, en su artículo ‘¿Puede México ser Colombia? Violencia, narcotráfico y Estado’ (2009), destaca que “existen relaciones de colaboración -en distintos niveles, con distintos propósitos- entre grupos guerrilleros y organizaciones criminales, en particular dedicadas al narcotráfico. Y eso aumenta enormemente los recursos económicos y la capacidad de fuego y de reclutamiento de las guerrillas” (p. 85). A principios de los años 90 la tasa de homicidios de Medellín llegó a ser de 350 por cada 100.000 habitantes (Escalante Gonzalbo, 2009); estos números corresponden a la expansión del narcotráfico a partir de la conformación de bandas criminales ubicadas en entornos urbanos en colaboración con los grupos guerrilleros de las zonas rurales. En consecuencia, las organizaciones y los carteles pasaron a ocupar y controlar territorios donde el Estado se encontraba ausente, exacerbando aún más la situación de violencia y desbordando la capacidad gubernamental para gestionarla.

Luego de la creación del cártel de Medellín a mediados de la década del 70 hasta inicios de los 2000, la ciudad fue sitiada por el negocio de la droga y administrada por narcotraficantes. Este fenómeno “se acompaña de cambios fundamentales en el imaginario de la región y de un vasto abanico de expresiones culturales, que despiertan un creciente interés en las ciencias sociales y, al mismo tiempo, abren el camino a la ficción” (Polit, 2006, citado en Torres, 2000, p. 331). *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (Medellín, 1942), publicada en 1994⁴, año posterior a la muerte de Pablo Escobar, pertenece al género que la crítica literaria y cultural han nombrado como “novela *sicaresca*” y que incluye a obras como *Morir con papá* (1997) de Óscar Collazos; *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco Ramos, y *Sangre ajena* (2000) de Arturo Alape. Esta forma de ficción surgida en Medellín se inserta en un panorama donde proliferan la novela urbana, la nueva novela histórica y la novela experimental, cuyo auge responde a una sociedad atravesada por nuevas formas de violencia que busca comprender el mundo pese a la dificultad de representarlo (Jácome Liévano, 2006). En la dinámica de estas narraciones, los personajes se sumergen en la violencia y pierden solidez como narradores y como sujetos, al mismo tiempo que la hibridez genérica y lingüística narra la quiebra de un lenguaje compartido capaz de transmitir la experiencia (Inzaurrealde, 2007).

En este contexto surge la “*sicaresca*” y se posiciona como un modo de presentación y de ficcionalización de la realidad que se distingue por recuperar diversos elementos del género testimonial y documental (Torres, 2000), el uso de la oralidad, la presencia de un narrador letrado, la romantización de la figura del sicario y un estilo narrativo vertiginoso (Jácome Liévano, 2006). El

² La Comisión de la Verdad fue creada en 2017 en el marco del Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. El objetivo principal de este organismo, según su estatuto, es contribuir al esclarecimiento de lo ocurrido durante los años de conflicto armado interno y ofrecer una explicación amplia de su complejidad, de tal forma que se promueva un entendimiento compartido en la sociedad, en especial de los aspectos menos conocidos. Además, se propone reconocer a las víctimas y promover una convivencia en paz dentro del territorio colombiano.

³ Las cifras del Informe Final se obtuvieron de una base de datos integrada por 8.775.884 registros de personas.

⁴ Nota de autora: En este artículo se citará la versión de la novela *La virgen de los sicarios* editada por Suma de Letras en el año 2001. Además, en ocasiones se abreviará el título a *La virgen...* para evitar la repetición y facilitar la lectura.

sicario prototípico, protagonista de estos relatos, es definido por Vargas Llosa (1999) como “un adolescente, a veces un niño de doce o trece años, nacido y crecido en el submundo darwiniano de ‘las comunas’, barriadas de pobres, desplazados y marginales que han ido escalando las faldas de las montañas que cercan a Medellín” (párr. 3). A sus orígenes se le suma otra característica común que es el interés por lo material y el estatus que otorga ser un asesino a sueldo dentro de su entorno. En palabras del escritor peruano: “la institución proporciona dinero fácil, aventura, riesgo y diploma de virilidad, de modo que no es extraño que niños y jóvenes de vidas embotelladas y sin esperanza, vean en ella una tabla de salvación” (párr. 4). De esta manera, una problemática tan compleja como el sicariato se convirtió en un tema recurrente en el arte y los medios y, en su expansión, derivó en una tendencia de moda dentro de las culturas juveniles (von der Walde, 2001).

La crítica literaria Erna von der Walde (2001) destaca dos trabajos fundamentales de producción colombiana que moldearon la figura del sicario: la película-documental *Rodrigo D. No futuro* (1989) dirigida por Victor Gaviria y el libro testimonial *No nacimos pa' semilla* (1990) de Alonso Salazar. Ambas obras dieron lugar a la concepción de este sujeto como actor sociológico y plantearon una de las tesis fundamentales sobre el fenómeno: “que los victimarios eran a su vez víctimas, que la violencia en Colombia había rebasado los parámetros con los que se intentaba dar razón de ella, que se había fracturado de manera irreversible el tejido social” (von der Walde, p. 28).

Siguiendo esta línea de discusión, se sucedió una extensa producción científica, periodística y cultural que trató de dar respuestas a un problema que abarcaba todas las aristas de la sociedad antioqueña. Una de las hipótesis esbozadas al respecto es la que plantea el mismo Salazar en su libro, basada en los testimonios que recogió en primera persona sobre las experiencias de los jóvenes de Medellín. En un primer momento, el autor compara a los sicarios con los fundamentalistas islámicos o los kamikazes japoneses; pero destaca que, a diferencia de ellos, “estos suicidas no obran movidos por un ideal político, ideológico o religioso evidente. Ellos no solo están dispuestos a morir en acciones espectaculares sino que viven una cotidianidad cargada de muerte” (2018, p. 107). Las estadísticas de aquellos años álgidos no sólo llaman la atención por el alto porcentaje de homicidios, sino también porque la mayoría de esos muertos eran jóvenes de entre 15 y 25 años provenientes de sectores populares. Una observación importante que se realiza en el texto referenciado es que el mapa de las bandas juveniles coincide con el mapa de las zonas pobres de la ciudad lo que implica que, en un contexto donde las posibilidades de satisfacer las necesidades es casi nulo, el sicariato se erigió como un medio para suplir esas expectativas. Esta concepción, que establecía una correlación directa entre la delincuencia y el bajo nivel socioeconómico, fue discutida años después por el mismo autor en el libro que escribió junto a Ana Jaramillo. Allí afirman que si bien “la miseria puede ser un factor multiplicador del conflicto y la violencia, no es un elemento determinante, sino que debe analizarse con relación a otros fenómenos importantes como la pérdida de referentes colectivos y la coacción de grupos armados ilegales” (Salazar y Jaramillo, 1992, p. 108 en Aristizábal Gómez, 2024, p. 234).

Sobre la base de lo anteriormente expuesto, presentaré avances relacionados con el tipo de violencia que se pone de manifiesto en una zona de la literatura colombiana de fines del siglo XX. Para ello, recuperaré tres ejes de discusión en donde se manifiesta la violencia que permea la novela de Vallejo: lo (socio) lingüístico/discursivo; lo urbano/letrado frente a lo violento/inculto; y la ciudad como isla (los cuerpos y vínculos en el espacio urbano).

Un pasado irrecuperable y un presente inhabitable

Eje 1: Lo (socio) lingüístico/discursivo

La violencia en La virgen de los sicarios encuentra lugar en un entorno urbano marcado por el narcotráfico, el crimen organizado y la guerra entre bandas. La figura del sicario en la novela de Fernando Vallejo es una “expresión de atraso, de pobreza, de desempleo y de una casi total ausencia del Estado en el seno de una cultura eminentemente católica y violenta; también es el reflejo del hedonismo, el consumo, la cultura de la imagen y la drogadicción” (Villoria Nolla, 2002, p. 109). A través de esta obra, el autor pone de manifiesto la violencia como una problemática ineludible de la sociedad colombiana y muestra la manera en la que esta se ha normalizado, convirtiéndose en componente de la cotidianidad de la vida en la ciudad desde la conformación de los grandes carteles. El argumento de la novela de Vallejo está centrado en la figura de Fernando, un gramático que ha vivido en el exterior y regresa a su ciudad natal para pasar allí sus últimos años. El reencuentro con Medellín (*Medallo o Metrallo* como la llamará en algunos momentos de la novela) le genera nostalgia de un pasado del que hoy quedan pocos rastros y mucho rencor por todo lo que ha arrasado con sus recuerdos:

Hombre vea, yo le digo, vivir en Medellín es ir uno rebotando por esta vida muerto. Yo no inventé esta realidad, es ella la que me está inventando a mí. Y así vamos por sus calles los muertos vivos hablando de robos, de atracos, de otros muertos, fantasmas a la deriva arrastrando nuestras precarias existencias, nuestras inútiles vidas, sumidos en el desastre. (Vallejo, 2001, p. 109)

La relación de Fernando con Alexis y Wilmar, dos sicarios que no solo eran sus amantes sino también los autores materiales de los crímenes que él elucubraba con su desprecio, constituye el eje central de la novela. Juntos transitan por las calles atiborradas de Medellín y visitan las iglesias atestadas de fieles dejando a su paso cadáveres inocentes, cuyo crimen fundamental es haber nacido allí. Los asesinatos casuales cometidos por los jóvenes se pierden en el vaivén de los espacios públicos, mientras el narrador los describe con una precisión tanto artística como maliciosa, cuyos modos de narración analizaré en el segundo subtítulo de este texto. El relato se acelera a medida que los homicidios van siendo cada vez más frecuentes; si al principio se trataba de justificar por qué el muerto merecía su destino, llega un punto donde deja de hacerlo y solo se le observa maldecir a la ciudad y sus habitantes, y criticar mordazmente en lo que se ha convertido Colombia debido a su clase política, los medios de comunicación, las ciencias sociales y la religión. Así avanza la historia, en un continuo ir y venir de Fernando junto a sus amantes, que son dos pero significan en uno y serán víctimas de la misma violencia que ellos encarnan. Hasta que al final, derrotado por esa capital del odio, decide irse.

Coincido con Von der Walde (2001) cuando señala que la fuerza de este relato radica en la operación del lenguaje más que en su argumento. Es este un lenguaje ácido, irónico y letal que arremete contra cada resquicio de la sociedad antioqueña sumida en un ambiente de violencia, muerte y drogas. En el intento de hacer inteligible la vida en las comunas y quienes habitan en ellas, el narrador recurre a su profesión de gramático y se encarga de traducir cada término que pueda resultar desconocido para los/as lectores/as. De este modo, define qué es un sicario apelando a la figura de su abuelo, un habitante de la vieja Medellín que, como él, no la reconocería en estos días:

Abuelo, por si acaso me puedes oír del otro lado de la eternidad, te voy a decir qué es un sicario: un muchachito, a veces un niño, que mata por encargo. ¿Y los hombres? Los hombres por lo general no, aquí los sicarios son niños o muchachitos, de doce, quince, diecisiete años, como Alexis, mi amor: tenía los ojos verdes, hondos, puros, de un verde que valía por todos los de la sabana. Pero si Alexis tenía la pureza en los ojos tenía dañado el corazón. (Vallejo, 2001, p. 10)

Vallejo utilizará el mismo recurso en diversas ocasiones, transformando al relato en una suerte de enciclopedia donde ciertas palabras son definidas y juzgadas desde un “etnocentrismo culturalista” (Villoria Nolla, 2002, p. 113) que revela la degradación lingüística, las consecuencias de las telenovelas y medios de comunicación, y la brecha irreconciliable que divide a unos y otros. Por ejemplo: “(Gonorrea es el insulto máximo en las barriadas de las comunas, y comunas después explico qué son)” (p. 16); “El basuco es cocaína impura fumada, que hoy fuman los jóvenes para ver más torcida la realidad, ¿o no? Corrijame si yerro” (p. 10); “¿Qué son culebras? Son cuentas pendientes” (p. 49); “El ‘muñeco’ por si usted no lo sabe, por si no los conoce, es el muerto. El vivo de hace un instante pero que ya no” (p. 37).

Fernando le remarca a sus interlocutores que Alexis “no habla español, habla en argot o jerga” (p. 31). Esa variante de la lengua es el parlache, un dialecto social de carácter argótico (Castañeda, 2005), creado y utilizado por los jóvenes de sectores marginales de Medellín y el área metropolitana que rápidamente se popularizó en otros ambientes y clases sociales. En una investigación lexicográfica realizada por la especialista Luz Stella Castañeda (2005), se lo caracteriza como “un lenguaje urbano, muy creativo, que expresa sin pudores ni temores la nueva realidad que viven amplios sectores de la sociedad medellinense y colombiana” (p. 78). Esta conceptualización resalta un aspecto fundamental: el parlache como medio para expresar un contexto desbordado por el presente, lo que deja entrever cómo el lenguaje y la experiencia se interrelacionan para intentar darle sentido a un mundo desconocido hasta el momento. En *La virgen de los sicarios* es definido de la siguiente manera:

La jerga de las comunas o argot comunero que está formado en esencia de un viejo fondo de idioma local de Antioquia, que fue el que hablé yo cuando vivo (Cristo el arameo), más una que otra supervivencia del malevo antiguo del barrio Guayaquil, ya demolido, que hablaron sus cuchilleros, ya muertos; y en fin, de una serie de vocablos y giros nuevos, feos, para designar ciertos conceptos viejos: matar, morir, el muerto, el revólver, la policía... (Vallejo, 2001, p. 31)

En la cita, el narrador destaca otra característica distintiva del parlache. Además de su capacidad para materializar la visión de un mundo alternativo, este dialecto se compone de restos de otros lenguajes y se nutre de formas costumbristas rurales, neologismos, piezas léxicas del lunfardo argentino y el argot español, así como palabras del inglés y del portugués. En el análisis de Castañeda (2005), se recupera el concepto de “antilenguaje” propuesto por Halliday (1977) que considera la exclusión como un proceso fundamental en la expresión simbólica del argot que se erige en oposición a lo estándar. En el caso del parlache, esta exclusión está intrínsecamente relacionada con los estratos marginales de la ciudad de Medellín que lo popularizaron. Así, los cambios lingüísticos que alteraron el español normativo durante estos años de auge criminal se corresponden con las transformaciones políticas, culturales y laborales de la ciudad. En este sentido, desde un enfoque sociolingüístico, Castañeda (2005) advierte que el crecimiento urbano descontrolado y no planificado, provocado por la migración y el desplazamiento debido a la violencia que golpeaba las zonas rurales, resultó en una alta concentración de personas en las periferias de Medellín. Por lo tanto, como decía al inicio de este texto, el deterioro de la calidad de vida de los/las jóvenes que habitaban esas áreas, sumado a la falta de oportunidades para acceder a una educación o trabajo dignos, fomentaron su inclinación hacia actividades delictivas y propiciaron el origen de las bandas y el sicariato, una cuestión que repercutió en todos los órdenes de la sociedad.

El narrador de *La virgen...* observa: “cualquier sociólogo chambón de esos que andan por ahí analizando en las ‘consejerías para la paz’, concluiría de esto que al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma” (Vallejo, 2001, p. 79). En la misma línea, Rotker (2000) advierte que “la

violencia produce crisis en todos los órdenes, también en el del discurso” (p. 10), lo que tiene un impacto significativo en cómo las personas relatan sus vivencias en estos contextos. Como mencioné anteriormente, la novela de Vallejo se enmarca en un género que recupera lo testimonial, donde el discurso en primera persona es un elemento fundamental para la construcción narrativa. Es así que se observa al narrador recorrer las calles de Medellín en un absoluto desconcierto por todo lo que sucede y en una lucha para explicitar lo que ve, tanto a sí mismo como a sus interlocutores. Ante la escasez de palabras para significar lo extraordinario, “el relato personal de lo inmediato es lo único accesible en este momento donde la realidad -y el análisis de esa realidad- aparecen desbordados” (Rotker, 2000, p. 12). Fernando, en su diatriba constante, no excluye a nadie. Periodistas, sociólogos, curas, niños, mujeres, taxistas y vecinos ruidosos son ubicados al mismo nivel que sicarios y narcotraficantes, y sus apreciaciones son dirigidas a todos/as con la misma intensidad: “Mis conciudadanos padecen de una vileza congénita, crónica. Ésta es una raza ventajosa, envidiosa, rencorosa, embustera, traicionera, ladrona: la peste humana en su más extrema ruindad. ¿La solución para acabar con la juventud delincuente? Exterminen la niñez”. (Vallejo, 2001, p. 38). “Aquí no hay inocentes, todos son culpables. Que la ignorancia, que la miseria, que hay que tratar de entender... Nada que entender. (...) ¿Y los derechos humanos? ¡Qué derechos humanos ni qué carajos! Esas son alcahueterías, libertinaje, celestinaje” (p. 143). Al realizar este diagnóstico sobre la sociedad, se coloca a sí mismo en un nivel de superioridad moral que le permite juzgar desde su estatus a los demás y culparlos de la desgracia en la que ha caído la ciudad idílica de su infancia. En este sentido, Rotker (2000) observa que en el discurso de los narradores que abordan estas mismas problemáticas,

no se acusa a nadie y a la vez a la sociedad entera, no se señalan salidas ni se predica la revolución; la marginalidad estragada por la violencia, la droga, la falta de oportunidades económicas y los excesos de la corrupción, ocupan todo el espacio de la representación sin reales distinguos de clase social. (p. 15)

Fernando se regocija ante la muerte; el placer que para él supone la eliminación de los antioqueños enfatiza una visión donde la aniquilación se convierte en un modo de purificar Medellín y sus amantes el medio para lograrlo: “Alexis era el Angel Exterminador que había descendido sobre Medellín a acabar con su raza perversa” (Vallejo, 2001, p. 78). El desprecio por las masas y su cultura trae aparejado una connotación racista expresada en reiteradas ocasiones a lo largo de su discurso, el cual forma parte de “una genealogía fácilmente rastreable en la historia de la ilustración americana” (Inzaurrealde, 2007, p. 177). Este “legado racista” de rasgos coloniales se actualiza en relación con la época en la que se inscribe el relato del gramático y atribuye a los colombianos, desde su origen, la responsabilidad del presente catastrófico que se erige:

De mala sangre, de mala raza, de mala índole, de mala ley, no hay mezcla más mala que la del español con el indio y el negro: producen saltapatrases o sea changos, simios, monos, micos con cola para que con ella se vuelvan a subir al árbol. Pero no, aquí siguen caminando en sus dos patas por las calles, atestando el centro. Españoles cerriles, indios ladinos, negros agoreros: júntelos en el crisol de la cópula a ver qué explosión no le producen con todo y la bendición del papa. Sale una gentuza tramposa, ventajosa, perezosa, envidiosa, mentirosa, asquerosa, traicionera y ladrona, asesina y pirómana. Ésa es la obra de España la promiscua, eso lo que nos dejó cuando se largó con el oro. (Vallejo, 2001, p. 129)

El narrador busca complicidad en un tipo de lector metropolitano, mientras juzga a su entorno desde una “ajenidad aristocrática” (Inzaurrealde, 2007). Respecto al racismo que impregna su relato, Inzaurrealde señala que visibiliza un discurso que había estado ausente en la cultura escrita durante

mucho tiempo, uno que atribuye los males nacionales a “una estirpe ilegítima y a una mezcla genética desafortunada” (2007, p. 179). La novela rescata la idea de un mestizaje fallido para explicar la violencia que azota a Colombia y, a partir de esa concepción, refuerza su visión sobre la necesidad del exterminio de “esa gentuza agresiva, fea, abyecta, esa raza depravada y subhumana” (p. 92). Este discurso de pureza cultural contiene rasgos de un racismo que se manifiesta en el asco hacia la multitud heterogénea y multicultural (Villoria Nolla, 2002). Sobre el “asco”, Silva Santisteban (2008) propone un análisis que, a la par de las ideas de Miller, lo define como una emoción ambigua y de carácter cultural que organiza y jerarquiza los límites entre ‘nosotros’ y ‘otros’. En este sentido, es “una manera de conferirle un estatus inferior al otro, esto es, subalternizar al otro en la medida que sus acciones, comida, ropa, vivienda, formas de vida, nos producen asco para despreciarlo y erigirnos como diferentes-mejores-dominantes” (Silva Santisteban, 2008, p. 57). Así, el desprecio del gramático se fundamenta en un sentimiento de repugnancia que dirige especialmente hacia los campesinos, fundadores de las comunas que llegaron a la ciudad como consecuencia del desplazamiento de las zonas rurales ocupadas por la guerrilla: “No hay plaga mayor sobre el planeta que el campesino colombiano, no hay alimaña más dañina, más mala. Parir y pedir, matar y morir, tal su miserable sino” (Vallejo, 2001, p. 120).

En *La virgen de los sicarios* la lengua es un espacio donde se intensifican las tensiones del contexto urbano y se convierte, también, en un campo de batalla simbólico en el que se expresan los conflictos sociales, culturales y económicos que atraviesan la ciudad. Las expresiones utilizadas por el narrador evidencian esas luchas de poder y las dinámicas de exclusión e inclusión que definen la cotidianidad. De modo que, a través de sus palabras, Fernando traza fronteras invisibles entre unos y otros y lo discursivo se vuelve un arma casi tan letal como las mini-Uzi que portan los sicarios. El lenguaje cruel que se impone en el relato y la crudeza del parlache que se abre paso a la fuerza ante la insuficiencia de referentes significativos resalta la existencia de un espacio urbano desgarrado por la modernidad y la marginación.

Eje 2: Lo urbano/letrado frente a lo violento/inculto

En el sinfín de estereotipos que apuntan contra la ciudad colombiana y sus habitantes, los jóvenes amantes se encuentran a salvo, excluidos del odio que corroe a Fernando. En especial Alexis, que es mostrado como una deidad por su juventud y belleza: “Entonces entendí que Alexis no respondía a las leyes de este mundo; y yo desde que hacía tiempo no creía en dios dejé de creer en la ley de gravedad” (Vallejo, 2001, p. 22). La concepción de este personaje como un ángel revela la complicidad entre ambos, algo que luego se replicará en la figura de Wílmur. Fernando percibe en sus amantes la posibilidad de materializar sus deseos: deseos que combinan el sexo y la exterminación. Al respecto, von der Walde (2001) resalta que la unión entre estos dos mundos se da “en uno de los lugares comunes del discurso civilizador, el que ubica a la letra y a la violencia como polos opuestos, el que sitúa a la letra como instrumento civilizador olvidando la violencia del proceso mismo de su imposición” (p. 36). La clásica noción de la “ciudad letrada” formulada por Ángel Rama (1998) permite comprender la relación entre el gramático y los sicarios en la novela de Vallejo. Este sistema de pares es un punto recurrente en la crítica y la novela de Vallejo, y se construye deliberadamente a partir de la dualidad que establece una división simbólica y cultural entre los personajes que encarnan el saber letrado y la marginalidad.

En su libro, el referido pensador uruguayo ofrece una historia de la intelectualidad latinoamericana y señala que la supremacía del grupo social especializado durante la época barroca se debió a que “sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido

de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea” (Rama, 1998, p. 37). En tal sentido, un cúmulo de escritores, administradores, profesionales y religiosos integraba las esferas del poder y constituía la élite que controlaba la ciudad; esta concepción de la escritura como un instrumento de dominación es fundamental para entender las dinámicas de exclusión que emergen en contextos urbanos. Así, la “ciudad letrada” no sólo refiere a un pasado colonial, sino también es un concepto que permite iluminar las continuidades y rupturas en las prácticas de dominación que perduran en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. En el caso de *La virgen de los sicarios*, el vínculo de Fernando y los jóvenes asesinos puede interpretarse como una nueva forma de la dicotomía entre letrados y analfabetos, donde el conocimiento se erige como una herramienta de poder y marginalización.

Para dar cuenta de lo dicho, basta con retomar algunas citas donde Fernando referencia su extenso acervo cultural: “Más de cien años hace que mi viejo amigo don Rufino José Cuervo, el gramático, a quién frecuenté en mi juventud, hizo ver que una cosa es ‘debe’ solo y otra ‘debe de’. Lo uno es obligación, lo otro duda.” (Vallejo, 2001, . 27); “A estos muertos se les quedan los ojos abiertos sin ver. Y ojos que no ven, aunque uno los vea, no son ojos, como atinadamente observó el poeta Machado, el profundo.” (p. 57); “Eso de que se vuelve al sitio son pendejadas de Dostoievsky. Volvería él cuando mató a la vieja, yo no. ¿Para qué? ¿Habiendo tanta cafetería en Medellín y tan atentadas?” (p. 69). En contraste con estos fragmentos cargados de alusiones, sus amantes son retratados como analfabetos: “Si por lo menos Alexis leyera (...) Esta pureza incontaminada de letra impresa, además, era de lo que más me gustaba de mi niño. ¡Para libros los que yo he leído!” (p. 64). Para el narrador, el desconocimiento de Alexis le permite posicionarse como figura salvadora, brindándole la oportunidad de ejercer su autoridad e influencia sobre los jóvenes inexpertos.

Siguiendo con la reflexión de Rama, este distingue dos dimensiones de la ciudad: “la física, que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación, y la simbólica que la ordena e interpreta, aunque solo para aquellos espíritus afines” (1998, p. 40). Teniendo en mente esta dualidad, podemos observar que el gramático recorre las calles de Medellín evocando lugares que ya no existen, gente que ha muerto y edificios derrumbados que configuran un espacio que sólo tiene sentido en su recuerdo. Para Alexis y/o Wílmor esa ciudad que él relata es irreal; en ellos, la dimensión física prevalece a lo largo de la peregrinación por las comunas. En este sentido, podría decirse que, tal como señala Rama, “hay un laberinto de las calles que sólo la aventura personal puede penetrar y un laberinto de los signos que sólo la inteligencia razonante puede descifrar, encontrando su orden” (p. 40).

Por su parte, Jean Franco, en el libro *The decline and fall of the lettered city: Latin America in the Cold War* (2002), advierte la decadencia de la “ciudad letrada”, una cuestión que “guarda íntima relación con el aura perdida de las ideologías y la gradual pérdida de influencia de la letra en la construcción de significados colectivos” (Inzaurrealde, 2007, p. 32). La visión de la decadencia y la pérdida de su poder simbólico es central para entender la desconexión entre el narrador y su lugar de origen. La Medellín de Fernando está cargada de significados que para los jóvenes asesinos carecen de relevancia; su saber se encuentra impotente frente a la nueva ciudad globalizada: el bullicio de las radios, las telenovelas, los taxistas, el rock, el punk, los medios masivos de comunicación, las aspiraciones materiales, los tumultos en el centro, son todos signos de perdición desde la perspectiva del narrador. Esta tensión entre la memoria cultural y la coyuntura contemporánea resalta de qué forma la modernización y las nuevas dinámicas transformaron el espacio urbano y dejaron a los viejos paradigmas letrados en una posición rezagada que dio lugar a dos concepciones de un mismo espacio. En palabras del gramático:

Podríamos decir, para simplificar las cosas, que bajo un solo nombre Medellín son dos ciudades: la de abajo, intemporal, en el valle; y la de arriba en las montañas, rodeándola. Es el abrazo de Judas. Esas barriadas circundantes levantadas sobre las laderas de las montañas son las comunas, la chispa, y leña que mantienen encendido el fogón del matadero. La ciudad de abajo nunca sube a la ciudad de arriba pero lo contrario sí: los de arriba bajan, a vagar, a robar, a atracar, a matar. Quiero decir, bajan los que quedan vivos, porque la mayoría allá arriba, allá mismo, tan cerquita de las nubes y del cielo, antes de que alcance a bajar de su propio matadero, los matan. (Vallejo, 2001, p. 117)

El proyecto ilustrador que lleva adelante el gramático también encuentra correspondencia con la dicotomía civilización-barbarie, ideada por Domingo Faustino Sarmiento en *Facundo* (2015). Esta visión maniquea se convirtió en un marco interpretativo para explicar las dinámicas sociales, culturales y políticas de las sociedades hispanoamericanas, e influyó en la formación de discursos nacionales y en la construcción de identidades, perpetuando estereotipos y simplificaciones que, en muchos casos, obstaculizaron una comprensión más matizada y compleja de la realidad regional. Silva Santisteban (2003) se pregunta si sigue vigente la discusión sarmientina en la vida política y las expresiones literarias de la actualidad, y la encuentra reconfigurada en diversos debates dentro de los cuales se destaca el eje centro-periferia. Al respecto, señala que los Estados centrales implementan múltiples estrategias para mantener su hegemonía y fomentan un orden mundial que los beneficia, ya sean simbólicas, militares o de instrumentalización de recursos, para proteger sus intereses. Estos procesos resultan en la subordinación de todo lo que no pertenece al centro, consolidando su hegemonía mediante la creación de estereotipos que acentúan las diferencias entre unos y otros.

En este escenario, la barbarie se vuelve un tema atractivo a nivel estético, advierte Silva Santisteban (2003), y, con relación a esta noción, habla de una *neoexotización* a través de la basurización en la literatura. Desde su perspectiva, en determinadas obras -especialmente las de carácter macondiano- se exhibe una realidad que organiza representaciones del otro funcionales a una visión del mundo latinoamericano domesticado, donde la ficcionalización de una manera de ser propia de esta zona es ajena al racionalismo del centro (p. 130). Por consiguiente, esta forma de presentarnos ante el mundo occidental proporciona una “utopía del atraso” que se incorpora al discurso hegemónico sin grandes conflictos y de forma políticamente correcta. Para argumentar esta hipótesis, la autora analiza dos novelas, siendo una de ellas *La virgen de los sicarios*, y concluye que:

Desgraciadamente, la realidad expresionista y ‘borbolleante’ de la narrativa del s. XIX en textos como *El Matadero*, ha sido recodificada de tal manera en estas novelas y otras contemporáneas que, la pulsión bárbara perturbadora y fascinante, se ha amaestrado bajo una nueva etiqueta cuya denominación de origen -lo real maravilloso, el realismo mágico o el neoexotismo- se ha convertido en una máscara basurizadora. La imagen del otro se vuelve simulacro puro y, por lo tanto, evita toda posibilidad de problematización. (p. 138)

La novela de Vallejo, en su compleja interacción entre civilización-barbarie, letrado-analfabeto, y gramático-sicario, se inserta en las discusiones contemporáneas sobre la persistencia de estereotipos y representaciones simplificadas en la literatura latinoamericana que plantea Silva Santisteban. Lejos de ser superadas, estas dicotomías se han reconfigurado en el contexto global de la época, donde las dinámicas de poder entre el centro y la periferia continúan operando bajo nuevas formas de control y dominación, al mismo tiempo que la continuidad de estas narrativas de exclusión convierten a la cultura local en un objeto de consumo exotizado para el centro hegemónico.

Las dicotomías presentadas permiten comprender la visión que impregna el relato del narrador

de *La virgen de los sicarios*. A través de la figura de Fernando, quien posee un tono autoritario y civilizador cuya voz viene “de arriba y de afuera” (Ludmer, 2005, p. 78), se critica la decadencia de la sociedad colombiana partiendo de una visión distorsionada por la experiencia del primer mundo. A la luz de lo planteado por Rama (1998) se tensiona el vínculo entre la “ciudad letrada” y la marginalidad al mostrar la desconexión existente entre la erudición del narrador y el contexto violento en el que se desplazan los sicarios. Esta pugna se genera porque Fernando encarna aquella “ciudad letrada” donde los intelectuales poseían una función dominante. Los sicarios, en contraste, significan la marginalidad urbana, carente de conocimiento formal e inmersa en la violencia y la informalidad de las comunas. De este modo, el narrador utiliza su educación para reforzar su posición de poder en relación con sus amantes. Sin embargo, este poder se muestra vacío y sin impacto real en la nueva Medellín, una ciudad que fue transformada por la globalización, la violencia y el narcotráfico durante su ausencia. En cuanto a la oposición sarmientina, los estereotipos presentes en la obra colocan a la barbarie en los márgenes de la sociedad y a la civilización, en el centro. Por todo lo anteriormente dicho, la relación entre Fernando y los sicarios pone en evidencia que la civilización misma está impregnada de violencia, esto significa que la violencia no es un fenómeno exclusivo de la marginalidad, sino que está presente y busca ser legitimada también desde la esfera letrada. En suma, la civilización se revela como igual de violenta que la barbarie, y las fronteras entre ambas se desdibujan en un contexto donde la violencia opera como motor central de la cotidianidad.

Eje 3: La ciudad como isla (los cuerpos y vínculos en el espacio urbano)

El conjunto de lo anteriormente explicitado tiene lugar en un espacio urbano en particular. Cabe mencionar que entiendo al espacio urbano como una “esfera de yuxtaposición o coexistencia de distintas narrativas, producto de relaciones sociales dinámicas” (Massey, 2012, p. 152, citado en Viera Hernández, 2022, p. 34). Por tanto, me interesa observar en este eje de qué forma se presentan las comunas en la novela como un territorio donde convergen cuerpos, relatos y experiencias que manifiestan la violencia cotidiana.

En la obra de Vallejo, las comunas constituyen un espacio antagónico al proyecto letrado liberal que se pensaba fundamental para la organización de un Estado (Inzaurrealde, 2007). Aristizábal Gómez (2023) observa en su artículo, “Imaginarios periféricos. Un análisis de la producción escrita acerca de la zona Nororiental y la Comuna 13 de Medellín (1980-2012)”, que los barrios periféricos de la ciudad cobraron especial relevancia en la agenda pública y mediática a partir de la década del ‘80. Durante esos años se produjo un aumento exponencial de la densidad poblacional en las laderas del Valle de Aburrá que trajo consigo una crisis habitacional y coincidió con el auge del narcotráfico, que tuvo como consecuencia directa el incremento de las tasas de criminalidad. En este escenario hostil confluyeron actores sociales de diversa índole: milicias populares, paramilitares, la fuerza pública y, en menor medida, bandas juveniles, narcos y facciones de autodefensa clandestinas. El autor se pregunta por las causas que posibilitaron la consolidación de estos grupos en la periferia y señala algunos factores relevantes para explicarlo, entre ellos:

el posicionamiento del narcotráfico y el sicariato como alternativas económicas para una población con índices muy bajos de calidad de vida y acceso a la formalidad laboral; la posibilidad -normalmente negada por otras vías- de acceder a un estatus o a una posición de poder a través de la vía armada (Salazar y Jaramillo, 1992, p. 33) y las condiciones urbanas del territorio, las cuales dificultaron el acceso de la autoridad estatal e hicieron de estos barrios espacios estratégicamente predilectos para el escondite (Aricapa, 2005). (p. 231)

En este escenario adverso se inserta la novela de Vallejo y retoma su coyuntura. Como ya

observé en párrafos anteriores, el narrador traduce los términos utilizados por sus jóvenes amantes así como también explica el origen o las causas de las cosas. En este punto, me interesa indagar su diagnóstico sobre las comunas, y en un sentido más amplio, sobre la violencia que trajeron a la ciudad tras su fundación:

Las comunas cuando yo nací ni existían. Ni siquiera en mi juventud, cuando me fui. Las encontré a mi regreso en plena matazón, florecidas, pesando sobre la ciudad como su desgracia. Barrios y barrios de casuchas amontonadas unas sobre otras en las laderas de las montañas, atronándose con su música, envenenándose de amor al prójimo, compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora. (Vallejo, 2001, p. 39)

¡Pero miren qué hacinamientos! Millón y medio en las comunas de Medellín, encaramados en las laderas de las montañas como las cabras. Reproduciéndose como las ratas. Después se vuelcan sobre el centro de la ciudad y Sabaneta y lo que queda de mi niñez, y por donde pasan arrasan. (Vallejo, 2001, p. 52)

La noción de “isla urbana” propuesta por Ludmer en *Aquí América Latina. Una especulación* (2010), junto con la de espacio urbano (Massey en Viera, 2022), resulta interesante para abordar el tema de las comunas en Medellín, debido a que pone en discusión los regímenes utilizados para describir la configuración territorial de las grandes urbes. En un primer acercamiento al término, la crítica argentina señala que a partir de 1990 se rompe el modelo bipolar tradicional y, como resultado, emergen otros territorios y sujetos afectados por los procesos de globalización, desnacionalización y las políticas neoliberales de la época. En tales circunstancias, la metrópoli latinoamericana se redefine, se *barbariza*, se fragmenta y da lugar a una literatura “cargada de droga, de sexo, de miseria y de violencia” (Ludmer, 2010, p. 128). Al respecto, Ludmer destaca que en las ficciones que recuperan el tema urbano “la mezcla social es el centro de la narración y el procedimiento universal” (p. 132), en tanto la ruptura de la homogeneidad y el cruce de fronteras constituyen la significación del relato. En las ciudades surgen áreas divididas que funcionan como islas: espacios dentro de otros espacios que, a su vez, son territorios físicos y también representan un “yo” con reglas, leyes e individuos específicos (p. 130). Estas áreas -ya sean villas miseria, favelas o comunas- están delimitadas por la exclusión; esto quiere decir que aunque forman parte del territorio, se ubican en zonas alejadas lejos del centro y suscriben a su propia lógica de funcionamiento. Asimismo, aclara en el texto que la “isla” no es un microcosmos, sino que se erige como “un instrumento conceptual; una fábrica de imágenes y enunciados territoriales, provisorios y ambivalentes: una secuencia sobre la irrupción de la naturaleza en la sociedad y al mismo tiempo un régimen de sentido” (p. 137).

A la luz de lo expuesto es posible argumentar que las comunas se presentan en la novela de Vallejo como un espacio delimitado dentro/fuera de Medellín, una “isla urbana” (Ludmer, 2010), cuyo orden está sujeto al narcotráfico y las circunstancias que derivan de él. Estas áreas son concebidas como un ente ajeno por sus conciudadanos: su temporalidad y espacialidad están regidas por leyes desconocidas para los demás que no se atreven a traspasar el límite que los separa, ya sea por seguridad o imposibilidad. Como mencioné anteriormente, del encuentro que rompe con la homogeneidad emerge la narración; el gramático relata el choque cultural que se produce con sus amantes y de esa forma descubre la lógica tan inexplicable como fascinante de las comunas: “¿Qué cómo sé tanto de las comunas sin haber subido? Hombre, muy fácil, como saben los teólogos de Dios sin haberlo visto” (Vallejo, 2001, p. 123). Solo una vez subió, para encontrarse con la madre de Alexis luego de su asesinato, y desde la altura de las montañas observó: “vi las canchas de fútbol voladas sobre los rodaderos. Vi el laberinto de las calles y las empinadas escaleras. Y abajo, la otra ciudad, en

el valle, rumorosa...” (p. 123). Este fragmento puede leerse en contraste con la visión que tenía desde abajo: “Las he visto, (...) desde la terraza de mi apartamento, dejando que su alma asesina y lujuriosa se apodere de mí. Millares de foquitos encendidos, que son casas, que son almas, y yo el eco, el eco entre las sombras” (p. 42).

Más arriba señalé que las comunas operan bajo sus propias reglas y que poseen una naturaleza única dictada por el contexto violento en el que están inmersas. Los códigos urbanos en estas áreas son establecidos por las bandas, ajenos a los inscritos en los códigos de la Justicia o la Constitución y sujetos a cuestiones más arbitrarias, como el odio o la venganza. Estas leyes no oficiales surgen de la necesidad de mantener el control y el ‘orden’ dentro de un entorno donde la lucha por el poder es constante; la delimitación de fronteras, las venganzas heredadas y el ajuste de cuentas son algunos ejemplos de formas que desafían y reemplazan la autoridad del Estado. Fernando así lo explica:

Las guerras de las bandas están casadas: de barrio con barrio, de cuadra con cuadra. Una muerte trae otra muerte y el odio más odio. Esto es así, la ley del gato que gira y gira queriendo agarrarse la cola. Y las rachas de violencia que no apagan los entierros... Por el contrario, las encienden. Se diría que en las comunas los destinos de los vivos están en manos de los muertos. El odio es como la pobreza: son arenas movedizas de las que no sale nadie: mientras más chapalea uno más se hunde.

¿Cómo puede matar uno o hacerse matar por unos tenis? preguntará usted que es extranjero. Mon cher ami, no es por los tenis: es por un principio de Justicia en el que todos creemos. Aquel a quien se los van a robar cree que es injusto que se los quiten puesto que él los pagó; y aquel que se los va a robar cree que es más injusto no tenerlos. (p. 83)

En otro momento de la propia discusión sobre las islas urbanas, Ludmer (2010) señala que los cuerpos son anexos al territorio y, desde esta perspectiva, agrega que “un territorio es una organización del espacio por donde se desplazan cuerpos, una intersección de cuerpos en movimiento: el conjunto de movimientos de cuerpos que tienen lugar en su interior y los movimientos de desterritorialización que lo atraviesan” (p. 123). En *La virgen...*, Fernando realiza un escrutinio de las personas que transitan por las calles de Medellín y que, eventualmente, serán asesinadas por sus jóvenes amantes: “basuqueros, buseros, mendigos, policías, ladrones, médicos y abogados, evangélicos y católicos, niños y niñas, hombres y mujeres, públicas y privadas, de todo probó el Ángel, todos fueron cayendo fulminados por la su mano bendita, por la su espada de fuego” (Vallejo, 2001, p. 148). No hay un tipo específico de habitante que el narrador describa, sino más bien critica a todos con la misma intensidad, justificando así su merecida suerte: “esta vez sí me parece bien lo que hiciste, aunque de malgenio en malgenio, de grosero en grosero vamos acabando con Medellín. Hay que desocupar Antioquia de antioqueños malos y repoblarla de antioqueños buenos, así sea éste un contrasentido ontológico” (p. 59).

Al volver sobre la noción de ‘basurización’ que hemos abordado en el eje 2 de análisis, podemos observar que los cadáveres que dejan los sicarios a su paso concuerdan con la idea de residuo que fundamenta el concepto de Silva Santisteban (2008). En la lógica del *ethos* de la basura, los transeúntes asesinados por Alexis o Wilmar se convierten en desechos del vertedero que es Medellín; sus vidas son vistas como sobrantes, cuya pérdida carece de importancia y sirve para justificar la supuesta redención de un espacio corrompido por el narcotráfico. En este contexto, la cotidianidad trágica asimila y neutraliza las muertes de las víctimas (Silva Santisteban, 2008): “¿Sería que hablar en Medellín de asesinados era como decir en época de lluvias ‘¡Aguaceros Torrenciales!’ o en verano ‘Nos estamos asando del calor’ ¿Dar como noticia lo obvio?” (p. 135). El paisaje urbano se desborda de cadáveres mientras los culpables transitan impunes y los habitantes, resignados,

continúan con su rutina diaria, integrando el horror como parte de su cotidianidad. Incluso, en cierto punto, el narrador manifiesta mayor aprecio por los animales que por sus compatriotas: “Es que los animales son el amor de mi vida, son mi prójimo, no tengo otro, y su sufrimiento es mi sufrimiento y no lo puedo resistir” (p. 108).

Para continuar con el tema de los cuerpos que se desplazan por el espacio urbano, en esta última parte abordaré la actitud del gramático hacia las mujeres. Es importante destacar que son pocos los personajes femeninos que aparecen en el relato y, cuando lo hacen, suelen estar embarazadas y el narrador las califica despectivamente como “putas perras paridoras” (Vallejo, 2001, p. 92). Gómez Sánchez (2018) señala que esta ausencia es solo física, pues están presentes como una referencia constante y negativa, causantes de males sociales y personales. Fernando les adjudica la responsabilidad de perpetuar la delincuencia y la pobreza que proliferan en los rincones de Medellín, representada metafóricamente como un cuerpo/territorio femenino, abrumadoramente reproductivo, sometido a la perversa ley de la miseria: “gente y más gente y más gente y como si fuéramos pocos, de tanto en tanto una vieja preñada, una de estas putas perras paridoras que pululan por todas partes con sus impúdicas barrigas en la impunidad más monstruosa” (p. 92); “aquí la vida crapulosa está derrotando a la muerte y surgen niños de todas partes, de cualquier hueco o vagina como las ratas de las alcantarillas cuando están muy atestadas y ya no caben” (p. 102). Estas expresiones revelan una profunda misoginia fundamentada en una visión androcéntrica que asocia la masculinidad con la superioridad, la racionalidad y el uso de la violencia, mientras que retratan a las mujeres como seres inferiores, “como si no tuvieran alma. Un coco vacío. Y que por eso con ellas era imposible el amor” (p. 24).

Asimismo, el desprecio se extiende incluso a la sexualidad femenina, que es demonizada al punto de considerarse una abominación; Fernando, educado en un colegio católico, expresa esta idea de forma explícita al decir: “Con ellos aprendí que la relación carnal con las mujeres es el pecado de la bestialidad, que es cuando se cruza un miembro de una especie con otro de otra, como por ejemplo un burro con una vaca” (p. 25). De este modo es posible inferir que en *La virgen...* se articula un discurso que deshumaniza a las mujeres y las responsabiliza de la decadencia colombiana por ser consideradas las portadoras de una descendencia indeseable. El odio del narrador es visceral, omnipresente y permea cada interacción con ellas, subrayando un machismo que se encuentra arraigado en su visión del mundo y que se manifiesta en una constante repulsión cada vez que se interponen en su camino, ya sea en restaurantes, en la vía pública o en el transporte urbano:

Íbamos en uno de esos buses atestados en el calor infernal del medio día y oyendo vallenatos a todo taco. Y como si fueran poco el calor y el radio, una señora con dos niños en pleno libertinaje: uno, de teta, en su más enfurecido berrinche, cagado sensu stricto de la ira. Y el hermanito brincando, manotando, jodiendo. ¿Y la mamá? Ella en la luna, como si nada, poniendo cara de Mona Lisa la delincuente, la desgraciada, convencida de que la maternidad es sagrada, en vez de aterrizar a meter en cintura a sus dos engendros. (p. 144)

En consonancia con la cuestión de género, la orientación sexual del narrador y su concepción de la masculinidad también se ponen en tensión dentro de la novela de Vallejo. El sujeto enunciador en *La virgen...* es un yo homosexual y sus amantes son hombres jóvenes, cuya pureza reside en el desconocimiento de la mujer y en la negación del esquema heterosexual y del sexo con fines reproductivos. Con relación a este aspecto, Yáñez (2010) identifica una paradoja en la que la homosexualidad sitúa al narrador al margen de una sociedad que privilegia la heterosexualidad, pero su discurso racista y crítico evoca una ideología hegemónica. En la misma línea de discusión, Corbatta (2003) agrega que Fernando “es culto, escribe, ha viajado por el mundo y tiene una posición

económica holgada pero por sus convicciones así como por su elección sexual (y social) circula en los márgenes de la sociedad, en una actitud constantemente transgresora” (p. 692). Este contrasentido que señalan los dos autores refuerza la imagen disruptiva del narrador en tanto se construye como un hombre letrado con la autoridad moral para juzgar a los demás pero que, tal como sus compatriotas, transgrede constantemente las normas y leyes de una sociedad tan conservadora como religiosa. En efecto, la frontera que él mismo traza a partir de su discurso se ve vulnerada por su propio comportamiento y la impunidad con la que narra estos actos inmorales.

Por su parte, Urbiola Solís y Martínez Soto (2024), en un estudio sobre el mercado laboral de la violencia, sostienen que el modelo de masculinidad vinculado al sicariato está asociado con hombres jóvenes heterosexuales que reproducen los roles de género tradicionales. En este contexto, las autoras señalan que es una actividad androcéntrica que “refuerza una ideología machista dicotómica estructuralmente arraigada” (p. 258), a partir de la cual los sicarios encarnan un poder ligado a normas patriarcales, replicadas y exaltadas en las ideologías de las bandas criminales, que promueven una hombría violenta. Sin embargo, en la novela de Vallejo, la atracción hacia otros hombres que profesan Alexis y Wílmor, ya sea por amor o interés, los aparta de ese modelo hegemónico. Esta contradicción se evidencia en algunas descripciones donde su masculinidad responde al estereotipo del sicario violento y peligroso, especialmente en aquellas que refieren a los asesinatos a sangre fría que cometen: “En la noche borracha de chicharras bajó el Angel Exterminador, y a seis que bebían en una cantinucha que se prolongaba con sus mesas sobre la acera, de un tiro para cada uno en la frente les apagó la borrachera” (Vallejo, 2001, p. 96); “Sacó el revólver y a pocos palmos le chantó un tiro en la frente, en el puro centro (...) ¡Tas! Un solo tiro, seco ineluctable, rotundo, que mandó a la gonorrea esa con su ruido a la profundidad de los infiernos” (p. 36-37). Asimismo, esta violencia contrasta con las descripciones que Fernando realiza sobre los cuerpos de sus jóvenes amantes, a quienes -como ya se ha dicho- asimila con criaturas angelicales, exentas de pecado, lo que crea una dualidad entre la brutalidad de los crímenes y la pureza casi celestial de quienes los cometen:

Ver a mi niño desnudo con sus tres escapularios me ponía en delirium tremens. Ese angelito tenía la propiedad de desencadenarme todos mis demonios interiores, que son como mis personalidades: más de mil. (...) “Yo no sé si vas a crecer más o no niño, pero así como estás eres la maravilla. Mayor perfección ni soñarla.” La pelusita del cuerpo a la luz del sol daba visos dorados. ¡Cómo no le tomé una foto! Si una imagen vale más que mil palabras, ¡qué no valdría mi niño vivo! (p. 35-36)

Por lo tanto, aunque los personajes de *La virgen...* fracturan ciertos aspectos de los modelos masculinos tradicionales, estos no renuncian a sus atributos masculinos en el espacio público. Su relación se mantiene relegada al ámbito privado, lo que les permite seguir beneficiándose del poder social que les confiere la masculinidad para imponer su dominio en las calles (Correa Rivero, 2021). El mismo narrador se pregunta: “¿Tenía una compensación ese tormento a que me sometía Alexis, mi éxodo diurno por las calles huyendo del ruido y metido en él? Sí, nuestro amor nocturno. Nuestras noches encendidas de pasión” (Vallejo, 2001, p. 33). De esta forma, el apartamento del gramático ubicado en el centro de Medellín se constituye en el escenario predilecto de la intimidad homoerótica, donde no existen prohibiciones, restricciones ni moralidades.

En síntesis, la noción de “isla urbana” propuesta por Ludmer (2010) permite comprender que las dinámicas de las comunas trascienden el espacio físico y repercuten en los cuerpos y las relaciones sociales de quienes las habitan. La novela de Vallejo presenta a las comunas como espacios regidos por leyes impuestas por las bandas criminales que reemplazan la autoridad del Estado. En este

escenario, los elementos que emergen del narcotráfico se convierten en una herramienta cotidiana para mantener el orden y preservar las jerarquías de poder en las comunidades marginales. En esta lógica, las vidas de las personas carecen de valor, y las víctimas asesinadas por los sicarios son percibidas como residuos de un sistema urbano corrompido. En la misma línea, el discurso del narrador expresa una visión misógina y androcentrista donde las mujeres son mostradas como seres inferiores y culpables de perpetuar la miseria, mientras que la masculinidad se define a través del uso de la fuerza y la capacidad de raciocinio. Así pues la violencia actúa como un mecanismo que deshumaniza los cuerpos y perpetúa relaciones de poder opresivas. Aquella es un principio estructurante que moldea la vida cotidiana, define las interacciones sociales y contribuye a la degradación del espacio urbano y la identidad humana.

Conclusiones parciales

A partir del recorrido analítico realizado, es posible esbozar algunas conclusiones provisorias sobre el modo en que *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, narra la violencia urbana en Medellín. La novela presenta una atmósfera de descomposición social, marcada por la marginalidad, el narcotráfico y la normalización de la muerte. En este contexto, la violencia no se limita a los actos delictivos perpetrados por los sicarios, sino que se despliega también en el lenguaje, en el discurso del narrador y en la configuración simbólica de la ciudad.

En primer lugar, observé la existencia de una tradición literaria en Colombia que aborda la temática de la violencia, la cual sentó las bases para el surgimiento y la expansión de diversos géneros, entre ellos la sicaresca. A lo largo del análisis, demostré cómo el texto articula una mirada compleja sobre la violencia urbana que trasciende lo meramente testimonial, para convertirse en una operación literaria que tensiona las nociones de realismo, subjetividad y lenguaje. En este sentido, retomo las ideas de Horne (2011), quien sostiene que la literatura realista contemporánea debe transformarse para incorporar nuevos modos de significación. En el caso de *La virgen de los sicarios*, la violencia que atraviesa el discurso se narra a través de un lenguaje que se configura como un campo de batalla simbólico, donde los conflictos del contexto se manifiestan mediante un narrador que emplea un tono ácido, racista e irónico, condensando en su voz el desprecio hacia el entorno y los 'nuevos' habitantes de Medellín.

Examiné la relación entre Fernando y sus amantes para evidenciar que la civilización está marcada por la violencia y que el narrador utiliza su posición para justificar su desprecio y canalizar sus deseos. De este modo, las fronteras entre lo letrado y lo analfabeto, así como entre civilización y barbarie, se difuminan en un contexto donde la violencia es parte de la vida cotidiana. En este marco, retomo la definición propuesta por Garriga Zucal y Noel (2010), quienes sostienen que la violencia es un juego de poder entre actores que disputan sentidos desde sus diversas posiciones sociales. En la novela, la violencia se presenta como una práctica discursiva y simbólica que refuerza jerarquías y reproduce lógicas de exclusión y sometimiento.

Por último, abordé la dimensión corporal y espacial de la violencia, y planteé que las comunas de Medellín son presentadas en la novela como espacios periféricos y marginales, descritos como una "isla urbana" (Ludmer, 2005) que opera bajo sus propias leyes y códigos de convivencia, regidos por la lógica del narcotráfico. Este espacio urbano se configura como un lugar atravesado por la exclusión y la muerte, donde la violencia funciona como principal organizador social, y los cuerpos que lo habitan permanecen atrapados en la imposibilidad de romper el ciclo violento que estructura la vida cotidiana. En este sentido, la sociocrítica permite comprender cómo, en un texto literario, confluyen diversas prácticas sociales que, en algunos casos, adquieren un carácter estructurante. En

la novela de Vallejo, la organización del espacio urbano -y, en consecuencia, de la vida de sus habitantes- se constituye como una forma más de narrar la violencia.

En suma, *La virgen de los sicarios* propone una narración descarnada de la violencia en Colombia e interpela los límites de lo narrable, la función de la literatura y la capacidad del lenguaje para dar cuenta de un mundo en crisis. A través de una mirada crítica y subjetiva, Vallejo problematiza la relación entre literatura, sociedad y poder, y entrega una obra que, lejos de ofrecer soluciones, sumerge a sus lectoras/es en la incomodidad de lo irresuelto.

Bibliografía

- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI Editores.
- Aristizábal Gómez, J. (2024). Imaginarios periféricos. Un análisis de la producción escrita acerca de la zona Nororiental y la Comuna 13 de Medellín (1980-2012). *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local*, 16 (36), 224-255.
- Buschmann, A. (2009). Entre autoficción y narcoficción: la violencia de *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo. *Iberoamericana*, IX(35), 137–143.
- Castañeda, L. S. (2005). El parlache: resultados de una investigación lexicográfica. *Forma y función*, 18, 74–101.
- Comisión de la Verdad (s/f). Informe final. <https://www.comisiondelaverdad.co>
- Corbatta, J. (2003). Lo que va de ayer a hoy: Medellín en *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo. *Revista Iberoamericana*, LXIX(204), 689–699.
- Csipka, J. P. (2022, 29 de abril). El Bogotazo: las consecuencias de un magnicidio. Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/478828-el-bogotazo-las-consecuencias-de-un-magnicidio>
- Escalante Gonzalbo, F. (2009). ¿Puede México ser Colombia? *Violencia, narcotráfico y Estado*. Nueva Sociedad, 220, 84–96.
- Fernández L’Hoeste, H. D. (2000). *La Virgen de los Sicarios o las visiones dantescas de Fernando Vallejo*. *Hispania*, 83(4), 757–767.
- Franco, J. (2002). *The decline and fall of the lettered city: Latin America in the Cold War*. Harvard University Press.
- Garramuño, F. (2009). *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Fondo de Cultura Económica.
- Garriga Zucal, J., & Noel, G. (2010). Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso. *PUBLICAR*, 3(9), 97–121.
- Gómez Sánchez, D. (2018). Heterosexismo y homofobia en la novela latinoamericana de tema homosexual. *Folios*, 47, 37–50.
- Harss, L. (1969). *Los nuestros*. Editorial Sudamericana.
- Horne, L. (2011). *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Beatriz Viterbo Editora.
- Izaurrealde, G. (2007). *La ciudad violenta y su memoria. Novelas de violencia en el fin de siglo* [Tesis doctoral, Universidad de Leiden].
- Jácome Liévano, M. R. (2006). *La novela sicaresca: exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico* [Tesis doctoral, Universidad de Iowa].
- Ludmer, J. (2002). *Temporalidades del presente*. *Márgenes*, 14–27.
- Ludmer, J. (2005). *Tonos antinacionales en América Latina*. *Grumo*, 4, 78–88.
- Ludmer, J. (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Eterna Cadencia.
- Martínez Muñoz, M. L., & García Reyes, D. (2016). Que los muertos entierren a sus muertos: la muerte, la violencia y los animales en *La Virgen de los sicarios* (novela y film). *Cuadernos del CILHA*, 17(25), 51–69.
- Musitano, J. (2015). La furia reproductora de la madre y de la patria. Una imagen de Colombia por Fernando Vallejo. En T. Basile (Coord.), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente* (pp. 153–172). Colectivo Crítico.

- Mutis, A. M. (2009). La novela de sicarios y la ilusión picaresca. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 34(1), 207–226.
- Negrín, E. (2011). Edmond Cros: de la sociología de la literatura a la sociocrítica. *Literatura Mexicana*, 4(1), 169–177.
- Osorio, O. (2015). El sicario en la novela colombiana. Universidad del Valle.
- Pécaut, D. (1998). La contribución del IEPRI a los estudios sobre la violencia en Colombia. *Análisis político*, 34, 72-88.
- Rama, A. (1998). La ciudad letrada. Arca.
- Rancière, J. (2017). Política de la literatura. Libros del Zorzal.
- Restrepo Gautier, R. (2004). Lo sublime y el caos urbano: visiones apocalípticas de Medellín en La virgen de los sicarios. *Chasqui*, 33(1), 96–105.
- Rotker, S. (2000). Ciudadanías del miedo. *Nueva Sociedad*, 7–22.
- Salazar, A. (2018). No nacimos pa' semilla. Aguilar.
- Salazar Jiménez, C. (2016). La sangre de la aurora. Estación La Cultura S.A.C.
- Sarmiento, D. F. (2015). Facundo. EDUVIM.
- Schachter, S. (2015). Violencia urbana y urbanización de la violencia. *Voces en el Fénix*, 47, 72–81.
- Segato, R. (2016). La guerra contra las mujeres. *Traficantes de sueños*.
- Silva Santisteban, R. (2003). Persistencia de la barbarie. Las prácticas periféricas canonizadas por el centro: exclusión y basurización desde América Latina. *Hueso Húmero*, 42, 108–141.
- Silva Santisteban, R. (2008). El factor asco: Basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo. *Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú*.
- Taborda Sánchez, J. F. (1998). Oralidad y escritura en La virgen de los sicarios. *Estudios de Literatura Colombiana*(3), 50–56.
- Torres, A. (2010). Lenguaje y violencia en La virgen de los sicarios. *Estudis Romànics*, 32, 331–338.
- Troncoso, M. (1989). De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959–1960 (hacia un proyecto de investigación). En J. Tittler (Ed.), *Violencia y literatura en Colombia* (pp. 31–40). Editorial Orígenes.
- Urbiola Solís, A. E., & Martínez Soto, L. (2024). Sicarios y estigma: el mercado laboral de la violencia estructural y la masculinidad asociada. *Interdisciplina*, 12(33), 245–272.
<https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2024.33.88248>
- Vallejo, F. (2001). La virgen de los sicarios. Alfaguara S.A.
- Vallejo, F. (2002). La virgen de los sicarios. Alfaguara S.A. (edición corregida)
- Vargas Llosa, M. (1999, 4 de octubre). Los sicarios. *El País*.
https://elpais.com/diario/1999/10/04/opinion/938988004_850215.html
- Viera Hernández, K. (2022). La Habana en escrituras recientes producidas en Cuba. Dazra Novak, Ahmel Echevarría y Jorge Enrique Lage [Tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba].
<http://hdl.handle.net/11086/549276>
- Villoria Nolla, M. (2002). (Sub)culturas y narrativas: (re)presentación del sicariato en La virgen de los sicarios. *Cuadernos de Literatura*, 8(15), 106–114.
- Weber, M. (1979). El político y el científico. Alianza Editorial.